

Lección 5

13 de enero de 1965

Tienen que saber que yo me pregunto si satisfago lo mejor que puedo los deberes de mi discurso. No me basta con que me lleguen alabanzas, como por ejemplo la de la última vez: que fue una *faena* exitosa. La elocuencia que puede conllevar el discurso es una complacencia para con mis oyentes, y no, tal como fingen cerciorarse de ello en más de un lugar, fuente de satisfacción para mí. Y este tipo de cumplidos, sobre todo cuando me llegan desde el lugar a donde dirijo un mensaje preciso, me decepciona aún más.

Asimismo sin embargo, si hay puntos de esta asamblea en los que sé muy bien a quién me dirijo, hay toda una parte, toda una parte de esas caras que veo y vuelvo a ver a punto con el fin de localizarlas, de reconocerlas, sobre las que he llegado a preguntarme qué los llevaba a estar aquí presentes. Y esa es una de las razones por las cuales quise instituir el miércoles cerrado de mi seminario. Propiamente hablando, éste le dará nuevamente un sentido a esa palabra *seminario*, en la medida en que espero que haya quienes quieran contribuir a ello. Fue entonces cuando, al pedir que se me solicitara la entrada, solicitud que no se hizo para negar la entrada sino todo lo contrario, tuve también la oportunidad preciosa para mí, no solamente de ver (soy capaz, entre muchos tipos de eco, de imaginar qué pueden recibir tantos oídos atentos a seguir mi discurso) sino de recibir de boca suya el testimonio de lo que cada uno y cada una de esa parte de mi auditorio parece buscar en efecto en lo que vienen a oír aquí.

Están los que me dicen sin rodeos que no entienden todo pero que luego, muy desconsideradamente, llegan a veces a darme prueba de que se reprochan el haberlo hecho, y de que en esa ocasión se han sentido estúpidos. ¡Que se tranquilicen, no son los únicos, y la ventaja que tienen sobre los demás es la de darse cuenta! ¿Qué significa que no comprendan todo? Que no comprendan todo un contexto (y con razón, porque yo no puedo entregárselos aquí), que es el de los puntos de apoyo sobre los que intento asentar para ustedes lo que me parece concluirse de una experiencia, la experiencia analítica, experiencia que forzosamente he avanzado más yo que ellos, hablo para esa parte de mi auditorio a la que me referí hace un instante. Ese contexto, no puedo [*sic*], quiero decir lo que me permite puntuar, para tal o cual sector más advertido de mi auditorio, qué correspondencia precisa puede hallarse en las fórmulas que, siendo resultado de mi experiencia, no son enteramente legibles para todos, precisamente en tal camino de investigación.

Por ejemplo, la vez pasada, esas investigaciones sobre el nombre propio donde la fluctuación y hasta el desfallecimiento, la resplandeciente paradoja de las fórmulas de tal pensador nos ofrecen el medio de control que nos asegura que estamos, cuando abordamos un punto de coherencia, de coherencia interna, de coherencia que podría llamar global de toda nuestra experiencia, como la que les planteé la última vez bajo el título de identificación, que nos dan fe de que tratándose del nombre propio, no solamente lingüistas sino lógicos, y aún (digamos la palabra, no desmerece que se la pronuncie tratándose de Bertrand Russell) pensadores, dudan, resbalan, y hasta se equivocan cuando abordan ese punto de la identificación en el uso privilegiado que tendría el nombre propio al designar el

momento elegido de la indicación, de la localización de lo particular tomado como tal. Seguramente aquí los analistas somos responsables; quiero decir, que no podríamos eximirnos de aportar nuestra contribución, si nuestra experiencia nos permite dar fe de una función de oscilación, de vacilación, de dinámica especialmente indicadora con la cual la función del nombre propio resulta atrapada en algo que es justamente nuestro campo, el campo de la experiencia psicoanalítica, si acaso merece ser designada como lo hago, de una cierta manera más integradora, más específica que cualquier otra, por interesar allí al sujeto.

Por eso no es necesario que todos los que están aquí tengan presentes además, al nivel de su conocimiento, de su cultura, digámoslo, esos términos de referencia; que sobre eso pueden quedar puntos de enganche, anzuelos suspendidos, puntos en los cuales podrán más tarde, más lejos, hallar apoyo, en la estela de líneas a las cuales tendrán que referirse. Seguramente nada perderán en su marcha al recordar aquí el hilo conductor que habrían podido tomar, y en muchos esa sensación del hilo conductor, del *Leitfaden*, me es dada de una manera nada ambigua y que me asegura que el lenguaje no necesita estar cargado de erudición explícita, de referencias (cuyas listas no puedo ofrecerles en cada ocasión por el campo que tengo que recorrer), que no necesitan nada de eso para sentir que en tal o cual de sus trabajos particulares, mi discurso les sirve de ese hilo conductor.

Por eso es que, a todos aquellos que me aportan ese testimonio (de una manera que yo creo oír y de la que creo poder cerciorarme), les está abierta por derecho la puerta de ese seminario, aún cuando partan del hecho, por razones que en ciertos casos son totalmente legítimas, de que no se precipitarán a contribuir a éste. Cualquiera de aquellos a quienes siento que ese discurso radical, como lo es nuestra experiencia (la experiencia analítica), les aporta (ya sea de muy cerca o de muy lejos), tal socorro, de todos aquellos anhelo su presencia, y pueden contar con que no se la rechazaré.

La demanda que formulé no es pues una exigencia destinada, si puedo decirlo, a crear un acto de fidelidad, a bajar la cabeza bajo no sé qué arco a la entrada, es un deseo de conocer a quien le hablo y en qué medida puedo verme llevado a responder más precisamente a su pregunta. Ha de subrayarse de hecho, que salvo ciertas eminentes o notables excepciones, me sorprendió, se los señalo, (no lo echo de menos, y espero), me sorprendió tal vez por la poca prisa de quienes, teniendo más derechos para venir acá donde precisamente contribuir, no creyeron necesario (por una u otra razón, tal vez porque sienten de antemano que su derecho de entrada lo tienen asegurado), precisarme explícitamente aquello que yo esperaba que ellos plantearan de manera más articulada, a saber, en qué medida estarán dispuestos a aportar entonces, aquí, a este círculo, este círculo más restringido, la contribución de su trabajo.

Entonces, pienso haber precisado, repetido, repetido a tiempo puesto que estamos a quince días de lo que será el primer miércoles al que llamé, ya oyeron en qué sentido, *miércoles cerrado*... Me veo forzado a volver sobre la fórmula, que ustedes sentían que no debe tomarse, de ninguna manera, de forma exclusiva: ese miércoles cerrado quiere decir que no podrán entrar sino aquellos que dispongan en esa fecha de la carta que los invita expresamente.

Volvamos sobre nuestro propósito, aquél en el que los dejé la última vez. ¿Qué quiere decir, a qué apuntaba el momento al que habíamos llegado? ¿Dónde retomaré hoy? ¿Cuál

es el sentido de ese menudo aparato del que algunos subrayan lo que llamaré, o que han llamado, la *ternura* con la cual les modelé la forma de esa botella de Klein? ¿Cuál es esa fantasía? ¿Acaso hay que escuchar ahí alguna cosa diferente a parábola? Y como muy a menudo sucede, para algunos la pregunta resulta nueva, ¿a dónde quiero llegar con esos modelos?

Pienso haber designado lo suficiente el punto en el cual ese modelo [es] especial entre otros, puesto que hace parte de una familia. No está solo, se asocia con lo que llamé en el momento, evocándose más o menos para su uso, el toro y el *cross-cap*, con esa introducción fundamental sobre lo que puede diferenciar los unos de los otros en la medida en que intervenga o no esa singular superficie que se anuda de una manera específica consigo misma que le da, ya sea que se dibuje o que se aísle en una banda, la singular propiedad de sólo tener una cara, un solo borde: la superficie de Möbius.

Yo la nombré, mi discurso señaló el hecho de que, en la botella de Klein, en donde se ilustra de manera palpable para darle un soporte manipulable a la imaginación, en su esquematismo, que la botella de Klein ilustra algo que se llama, en una superficie apropiada para retenernos, por ofrecerse en cierta forma para agarrarla, porque, al igual que el toro, se presenta de entrada como una empuñadura, por el hecho de que nos presenta la imagen resultante de ese punto de retroceso que le llega en su propio decurso, por el cual, lo que llega de un lado por el interior resulta en continuidad con el exterior del otro lado, y del otro lado, igualmente, el exterior con el interior. En suma, no es tan fácil de imaginar, pero no es tan simple dar un esquema de éste que sea tan apropiado para retenernos.

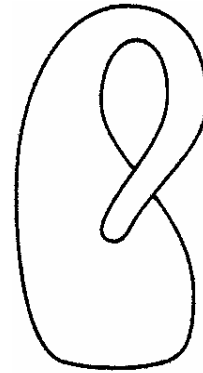


Fig. V-1

Si, por otra parte, en el discurso, en el discurso hegeliano por ejemplo, y este admirable prólogo a *La Fenomenología* que Heidegger aísla en las *Holzwege* para hacer de él un largo comentario, pero que, en sí mismo, en dos, tres páginas en verdad admirables, increíbles, sensacionales y que casi podrían sólo ellas bastarnos para darnos la esencia del sentido de la fenomenología, vemos designado en alguna parte ese punto de inversión de la conciencia como el único punto necesario en el que puede acabar el bucle. Y no hay mejor lugar que ese texto para ver el carácter de bucle que constituye la noción de saber absoluto, que permite que al empujar con el meñique, al adelantar un paso el sentido de ese *sujeto-supuesto-saber* del que a menudo les he hablado aquí y que ustedes entienden con justa razón como el sujeto-supuesto-saber *para el paciente*, aquel que espera, aquel que mete en el Otro, ese Otro cuya naturaleza no sabe aún para no saber que hay dos acepciones del otro, que ubica ese sujeto-supuesto-saber, del cual les dije que es ya toda la transferencia, al nivel del discurso de Hegel.

Tomen ese término de sujeto identificado con el bucle del saber, y, mejor que esta metáfora en últimas aproximada (que en nada evoca especialmente para la imaginación su carácter absolutamente radical), esta metáfora del momento de inversión de la conciencia, no vanamente ni sin razón fundamental nos hace palpar, creo, lo que yo llamaría (fórmula simple), nos hace palpar lo que yo llamaría *las cosas tal como son*. Después de todo, es bien lícito que hagamos uso filosófico (entiendo que para llevarlos por una cierta vía) tanto de las fórmulas más comunes como de las aparentemente menos chabonas, si con su alcance indican que sabemos mantenernos igualmente alejados de un discurso prematuro sobre el ser en tanto ser, aún más alejados de un discurso sin duda trillado, no sin razón, por

todas las ambigüedades que se ha dejado que se mezclen en el uso del término de *existencia*.

Tal como son significa... significa que, para aproximarnos muy lentamente a las cosas, no tenemos que sorprendernos tanto de tener que hablar del sujeto como de una superficie. Y acaso no reside sin duda ahí la razón, pero si tuviese que introducir, a alguien totalmente desacostumbrado a nuestro discurso, a la justificación de este proceder, yo diría, qué tiene de sorprendente que, si lo que se trata de abordar (se trataría, supongo, de alguien que nos llegaría desde la ciencia que podría pretender monopolizar el título de objetivo, por tratarse de la ciencia de laboratorio), yo diría, qué tiene de sorprendente el que estemos acostumbrados aquí a hablar como superficie de aquello de lo que se trata, en resumen, ¿de qué? Del funcionamiento del aparato que bien conocen ustedes como aparato nervioso. Y el aparato nervioso, sin necesidad de ir más lejos, pues también es la puerta por la que ingresó Freud, en el momento mismo del descubrimiento afirmado de conexiones interneuronales, de la función fundamental de red que representa el neuroeje; todo lo que se presenta como red puede reducirse a una superficie. Todo lo que sea red puede inscribirse en una hoja de papel.

[Diversos ruidos]

¡Ya ven que estamos en un estado policivo!

Espero entonces que este absurdo intermedio no les haya hecho perder demasiado el hilo como para que no hayan oído que lo propio de una estructura de red es manifestarse en su conjunto como algo esencialmente reductible a una superficie, a saber, que no evoca en su naturaleza esta función ambigua, no resuelta, que nos parece tan obvia por causa de nuestra experiencia del espacio real, que se llama el *volumen*. En verdad, no tengo que entrar aquí en una crítica previa que sería la de la tercera dimensión, pero tengan por seguro que esa crítica previa, en el punto de la experiencia filosófica en que nos hallamos, no me parece haber sido profundizada tanto como convendría, quiero decir, *nachträglich*, en lo que concierne a la disimetrías, las fallas, la no homología de lo que se constata respecto al sistema de dos dimensiones cuando se pasa al de tres dimensiones. Y a decir verdad, ahí hay algo sobre lo que podría decirse que, como si se tratara de un ejercicio de escalas, nuestras escalas están tan mal construidas que, sólo por eso, empezar con escalas, yo diría que para abordar lo que concierne a la estructura subjetiva, sería ya suficiente justificación y prudencia metódica mantenernos en la superficie, a saber, algo que tanto satisface al nivel de la experiencia subjetiva, lo cual concuerda tan de cerca con lo que nos es exigido aprehender en ese nivel.

No por azar el cuadro, valga decir, el cuadro de caballete del que tanto extraje el año pasado para manifestarles de qué se trata en la estructura de la pulsión escópica, no por azar se contenta con ser un plano, y a quien me conteste que la arquitectura es otra cosa le responderé (con un arquitecto en especial y con otros con quienes pude conversar entretanto) que la arquitectura se define como un vacío rodeado por planos, por superficies; que esa es su esencia y su estructura esencial, por lo menos en el plano del problema de realización subjetiva que nos plantea. El instante de ver siempre es un cuadro, y si afirmo que me contento, como con un estadio constructivo, con un escalón de nuestro progreso en últimas, con ese manejo de lo que tiene de propiamente espacial nuestra experiencia del

sujeto y, si quieren, de la *res extensa* tal como puede reducirse para nosotros, entiendo no obstante que estamos forzados a efectuar su purificación, su extracción, por vías diferentes a las de Descartes, no a tomar ese pedazo de cera, ya tan enteramente sumido en lo maleable, lo informe y lo más accesible a la reducción de todas las cualidades, pero de donde nos puede llegar la duda, si no estamos tan seguros como él de la ausencia de común medida entre la *res cogitans* y la *res extensa*, si pensamos que para nosotros la *res cogitans* no nos ofrece más que un sujeto dividido por depositarse bajo el golpe de los efectos de lenguaje, de si ya en esta esquizia, en esta división, no nos vemos llamados a hacer intervenir un esquema, que no es de extensión pero que es pariente suyo propiamente hablando: el esquema topológico.

En cambio, si hay algo que nuestra experiencia nos ordena introducir, justamente también en la medida en que anuda estrechamente para nosotros en los fundamentos del sujeto el lugar que le corresponde, si es en efecto en la relación con el lenguaje donde él determina su estructura, si es el lugar del Otro, con A mayúscula, el campo del Otro el que va a gobernar esta estructura, el campo del Otro (lo presento aquí como la articulación de lo que tendré que desplegar este año) ese campo del Otro se inscribe en lo que yo llamaré coordenadas cartesianas, especie de espacio de tres dimensiones, salvo porque no es el espacio: es el tiempo. Porque en la experiencia que es la experiencia creadora del sujeto en el lugar del Otro, tenemos que tener en cuenta claramente, independientemente de todas las formulaciones anteriores que se tengan, un tiempo que de ninguna manera puede resumirse con la propiedad lineal pasado-presente-porvenir, donde se inscribe en el discurso, en el indicativo, y de ahí lo que puede llamarse la *estética trascendental* comúnmente admitida en todo intento de inscribir, digamos, en términos más generales, el conjunto del mundo, el universo en términos de acontecimientos. Esas tres dimensiones de lo que pude llamar en su lugar, en un artículo... acepto que difícil de hallar, pero que espero que será puesto nuevamente al alcance de quienes quieran leer su carácter de sofisma (así lo llamé) fundamental, *el tiempo lógico o el aserto de certidumbre anticipada*⁷⁵, viene a vincular aquí estrechamente su instancia con aquello de lo que se trata, a saber, ese punto privilegiado de la identificación. En toda identificación hay lo que llamé el instante de ver, el tiempo para comprender y el momento de concluir. Allí pueden hallarse las tres dimensiones del tiempo que están lejos de ser idénticas (también para la primera) a lo que se ofrece a recibir las.

Tal vez el instante de ver sólo sea un instante, y sin embargo no es enteramente identificable con lo que llamé hace poco el fundamento estructural de la superficie del cuadro. En lo que tiene de inaugural es otra cosa, se inserta en esta dimensión que el lenguaje instaura (como el análisis), que el lenguaje instaura como sincronía, que no debe confundirse de ninguna manera con la simultaneidad.

La diacronía es el segundo tiempo en que se inscribe lo que llamé *el tiempo para comprender*, que no es para nada función psicológica pero que, si la estructura del sujeto representa esta curva, esta aparente solidez, ese carácter irreductible que tiene una forma como la que promuevo bajo el nombre de botella de Klein ante ustedes, el término comprender hemos de aprehenderlo en ese gesto mismo que se llama aprehensión y por el hecho de no podérselo reducir a esta forma sustancial de la superficie, en este aspecto de envoltura bajo el que se presenta, esto que las manos pueden agarrar, y ésa es su forma de aprehensión más adecuada; que no basta con

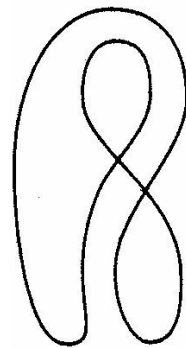


Fig. V-2

creer que ahí está, burdamente imaginaria, de manera alguna reductible a lo tangible. Con seguridad que no, puesto que si es ahí donde la noción misma de *Begriff*, de concepto, puede plantearse de la manera más adecuada (tal como espero, llegado el momento, que deba contentarme aquí con una de esas luces laterales lanzadas de paso, como sucede, para tal o cual aspecto de la experiencia), verán que ese es un modo ante todo infinitamente más sutil que aquel que ofrece la oposición de los términos extensión y comprensión.

El tercer tiempo o la tercera dimensión del tiempo en la que conviene que veamos hacia donde tenemos que localizar, dar, las coordenadas de nuestra experiencia, es el que llamo *el momento de concluir*, que es el tiempo lógico como apresuramiento y que designa expresamente esto: soy un hombre; lo cual se encarna en el modo de entrada en su existencia que es la que se le propone a todo hombre bajo este ambiguo término, ya que su sentido no lo ha agotado, y porque más que nunca, en ese momento histórico vive su sentido dudando. Quién no sabrá ver, más al nivel de nuestra experiencia analítica que en cualquier otra, que en esta identificación, en la que indudablemente la llegada al principio del semejante, la experiencia que se encauza por los caminos retorcidos sobre sí mismos, los ciclos que realiza, si tiene lugar por todo el rededor de esta forma tórica (la botella de Klein es una forma privilegiada de ésta), ese tiempo en el que se ciernen las vueltas y revueltas y la ambigüedad, la alienación y lo desconocido de la demanda, luego de ese tiempo para comprender, es no obstante un momento, el único decisivo, de hecho, el momento en que se pronuncia ese “soy un hombre”. Y lo digo enseguida por miedo a que los demás, si lo dicen antes que yo, no me dejen solo tras ellos. Tal es esta función de la identificación cuya designación nos parece favorecerse aquí con la botella de Klein.

Si dibujo para ustedes una vez más lo que, por supuesto, es totalmente impropio denominar sus contornos, porque es verdad que esos contornos no contienen nada de lo que ya les presenté de dos maneras cuyos aspectos son francamente extraños el uno respecto al otro, aún en cuanto al uso que puede hacerse de tal o cual de sus cavidades, siguiendo la fórmula, la forma más simple es, no un contorno sino lo que asocia dos superficies, forma muy particular en la que hallarán aquí, viniendo a insertarse en el orificio circular a través del cual igualmente queda marcada la entrada posible en cada uno de esos dos espacios cerrados que define la superficie, en la medida en que la situamos precisamente en el espacio, y que conviene distinguir esa relación con el espacio de esas propiedades internas.

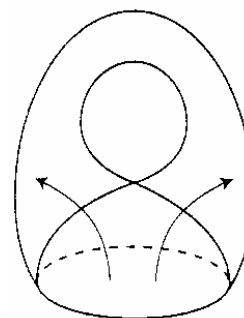


Fig. V-3

Ahora bien, sobre esta superficie vamos a marcar y a definir (no porque sea un juego sino porque es un soporte que nos será esencial para ubicar tiempos mayores de la experiencia) que si esta forma es una de esas en las cuales podemos darle el más adecuado soporte para lo que es (en el punto en que siempre les he articulado las cosas para poder hacerlo oír sin introducir malentendidos), para lo que es, bajo la estructura del lenguaje, no sustancia, no *ὑποκείμενον*, sino el *sub* [*sous*] en la medida en que digo que el sujeto es lo que el significante como tal representa ante otro significante. Esto, que se halla bajo [*sous*] la trama del significante y por cuanto debemos considerar todo sistema de significante como constituyente de una batería coherente y que implícitamente debe bastar (y como ya les dije, se necesita de muy poco), debe bastar para uso de todo lo que concierna al decir, y para decirlo todo, así definido el sujeto como aquello que del significante se representa en

el interior del sistema del significante (esto es lo que entendemos por sujeto), el sujeto tiene una forma tal, tal que esta, o dos, cuando más otras tres, ya que el sistema de lazo, de lazo consigo mismo, de costura de la superficie consigo misma, es extremadamente limitado. Ésta como ejemplo que nos permita abordarlo de la manera más accesible, por lo menos en el tiempo presente de mi exposición, en el cual es aquí donde se representará el ejercicio efectivo de ese significante, a saber, lo que se llama *decir* o *palabra*, será el trazado de algo que, según las necesidades podemos concebir como línea o como corte, será el trazado de algo que se inscribe sobre esta superficie.

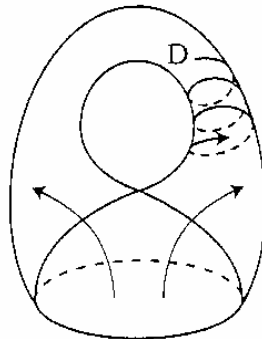


Fig. V-4

Tomemos por ejemplo esto, que parece sugerir la forma misma de esta parte tórica de la botella, la curva y los retornos, y la sucesión, y el recorrido de algo que sólo se supedita a condición de no traslaparse. Esto nos lleva a una progresión al mismo tiempo circular y obligadamente progrediente puesto que, si volviese atrás, lo único que podría hacer es traslaparse, lo cual no se contempla en la definición que dimos de cierto tipo de corte. Llegamos a lo siguiente: que la demanda como tal, si lo que llamo demanda es ese movimiento circular que tiende a ser paralelo a sí mismo y siempre repetido, que la demanda, en la medida en que no se la debe reducir esencialmente a la demanda de satisfacción de la necesidad de donde intentará hacerla partir una psicología empírica, sino en la medida en que es esencialmente aquello por lo cual el discurso se inscribe en el lugar del Otro (todo lo que se dice, en tanto se dice en el lugar del Otro) es una demanda, aun cuando esté, para la conciencia del sujeto, oculta a sí misma. Y de este talante de demanda y de lo de que depende eso, a saber, esencialmente la esquizia causada en adelante por la demanda en el sujeto, depende la función de lo que inscribí en la esquina derecha de mi grafo bajo la fórmula $\$ \diamond D$, sobre la cual tendremos tal vez la oportunidad de volver hoy antes del finalizar mi discurso. Pero por el momento, entendamos que la demanda se define como el discurso que viene expresamente a inscribirse en el lugar del Otro.

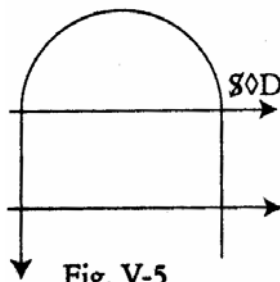


Fig. V-5

Diré que la demanda, independientemente de dónde parta, progresa necesariamente (pueden hacer que parta del otro lado, el resultado será el mismo), la demanda progresa hacia un punto que es el que la última vez señalé como punto de identificación. Es justamente de lo que da fe para nosotros la experiencia analítica y lo que, lo sepan o no los habladores, teóricos, quiero decir, conozcan o no su alcance, es localizado por ellos, afirmado por ellos.

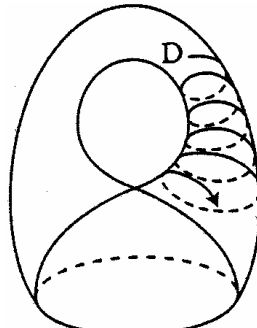


Fig. V-6

Toda la doctrina de la experiencia analítica, que introduce todo su registro sobre esos tres términos conjugados, la demanda, la transferencia y la identificación, sólo se concibe, sólo se aprehende, sólo se justifica efectivamente, hasta cierto punto... aun cuando yo agrego aquí, aun cuando yo vengo aquí a introducir que se necesita otra dimensión a falta de la cual, ésta, tal como se nos define y describe, quedará y permanecerá obligatoriamente encerrada en esta forma que, girando indefinidamente sobre sí misma, no podrá localizar en ninguna parte la certidumbre de un punto de detención.

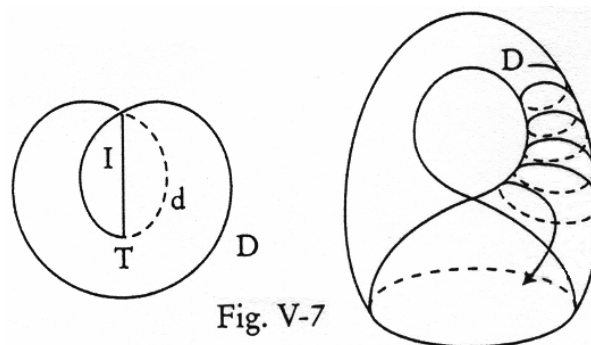


Fig. V-7

El año pasado indiqué en qué sentido, respecto a lo que podemos llamar el conjunto de la figura, se inscribía esencialmente la función de la transferencia y del sujeto supuesto saber. Habremos de evocarla de nuevo en este tiempo, pero lo que quiero simplemente hacer presente para su mirada está en ese punto preciso en donde lo que dibujé como el bucle de la demanda se entablaⁱ al nivel del punto de inversión, de retroceso de la superficie, y para intentar hacerles palpar de una manera tan sencilla lo que tal vez podría enunciarse más rigurosamente, mucho más correctamente desde el punto de vista de la teoría topológica con el uso de vectores para esquematizar la botella de Klein, de la misma manera que podrían ustedes esquematizar un toro, es decir, una piel cuadrada cuyo primer enrollamiento cilíndrico va seguido por una atadura que resulta en un anillo circular. La diferencia con la botella de Klein es que si el primer enrollado cilíndrico se hace así, lo que resultará será un nudo de las dos extremidades circulares del cilindro, pero de una manera

ⁱ *s'engager*: comenzar, entablarse, empeñarse, inscribirse, comprometerse, lanzarse... [N. del T.]

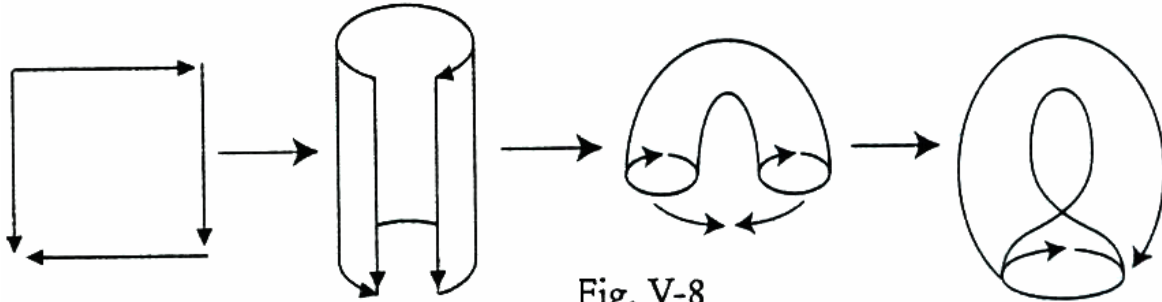


Fig. V-8

que es inversa, de la una respecto a la otra. Por el solo hecho de esta inversión, cuando viene a entablarse aquí la demanda, si puede decirse, si puedo permitirme hablar en términos tan burdos desde el punto de vista topológico, a entablarse (ese es un lenguaje de partero al respecto) en la falsa S del punto de inversión de la superficie, obtenemos un aspecto diferente, muy diferente que se presenta en el bucle con el cual cada uno de los giros que hasta ahora se anudaban uno con el otro... aquí, si vamos en este sentido, ¿qué encontraremos?

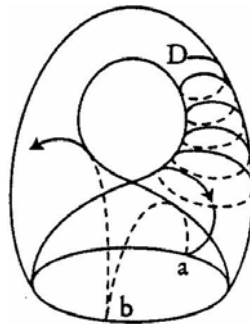


Fig. V-9

Supongamos que aquí las cosas llegan acá [figura V-9, en a]. ¿Qué sucede? Que el bucle se devuelve para venir a reflejarse sobre el borde que llamaremos *círculo de retroceso*. Aquí, pasa, en lo que podemos llamar el segundo segmento del falso toro [en b] que es la botella de Klein, y luego nuevamente, al abordar el borde de ese círculo, pasa a la especie de mitad de tubo que constituyen en ese nivel cada una de las partes de ese toro en el momento en que se integran de esa manera tan especial. En cuyo caso es fácil demostrar que, por el hecho de que el número de sus puntos sólo puede ser par, la manera como volverá a salir de ahí será que la demanda, del otro lado, girará en un sentido contrario. A saber que, si aquí la demanda girará en un sentido como este (es decir, si quieren para ustedes en el sentido contrario a las manecillas del reloj, si se miran las cosas desde arriba), del otro lado será en el sentido correcto de las manecillas de un reloj, o al contrario.

Porque es importante captar que aún en ese nivel radical, tan sencillo como sea posible, de la función del lenguaje, tenemos que vérnoslas con una realidad orientable. Porque si con seguridad los aspectos que presenta esta figura sólo tienen un carácter externo o contingente, respecto a la superficie, porque no se pueden localizar si no se los sumerge en el espacio, en el interior de la superficie, el punto de retroceso no se manifiesta en ninguna parte, para la superficie misma, de manera tangible. Inversamente, yo diría que la superficie (o quienquiera que habite allí) puede advertir, si pone suficiente atención, qué tipo de superficie es, precisamente en razón de ese fenómeno según el cual los recorridos que allí se realizan pueden localizarse como no orientables, en otras palabras, pueden localizarse

como capaces de hallarse, en un punto cualquiera, invertidos. Repito: si sólo se consideran las propiedades internas a la superficie, hay un movimiento hacia la derecha y un movimiento hacia la izquierda; hay una derecha y una izquierda de un trazado, de un puro trazado de discurso, y puede localizarse que ahí una cosa sea dextrógira o levógira independientemente de las imágenes espaciales, independientemente del fenómeno del espejo. La superficie en sí misma, lo dije, no se mira, y sin mirarse conoce esta posibilidad de, o que sea posible que las cosas que giran en un sentido, giren siempre en el mismo sentido, o que si se trata de otro tipo de superficie, puede hacerse que lo que en un momento gira ahí en un sentido, llegue, tras cierto recorrido, a girar en el sentido exactamente contrario.

Esto es algo que es absolutamente esencial definir, porque es lo que nos permite abordar ese algo en torno al cual giran toda la dificultad y los escollos presentes, quiero decir, los escollos que han llegado con el progreso de la teoría analítica, que consisten esencialmente en lo siguiente: si las cosas son como se las describo, a saber, que si no podemos, en ningún desarrollo, en ningún progreso de lo inconsciente en la medida en que puede cernirse en último término en algo que es de naturaleza de huella del discurso, de corte, en ese velo singularmente topologizado que intentamos dar del sujeto como siendo el sujeto de la palabra, el sujeto en tanto determinado por el lenguaje... pues bien, ahí tenemos el único soporte válido... y que no se encuentra a merced de las más burdas imágenes que son las que se dieron en la segunda tópica freudiana (hablo particularmente de imágenes del ideal del yo, hasta del superyó), es en la medida en que podemos llegar a asir, a ceñir los problemas, a ceñir los puntos nodales particularmente y aquel al que hoy le apunto, a saber, el de la identificación, es en la medida en que semejante esquema nos lo permite, que podemos intentar abordar, y con toda su generalidad, de una manera diferente a como se formula por el momento en la teoría analítica, a saber, de manera en extremo insatisfactoria para todo lector capaz simplemente de un poco de audición y de tono, de una manera extremadamente diferente, digo, lo que concierne a lo que yo llamaría lo *inconsciente estructural*.

Porque seguramente es todo lo que justifica tantas elucubraciones en torno a fórmulas como la de distorsión del yo, y hasta formas atípicas, anormales, dominantes del superyó. Porque en efecto, es esta necesitada investigación, hallada en nuestra experiencia, nuestra experiencia que estuvo constituida primero ¿de qué? De eso a lo que se llamó escollos: los puntos analizables de lo que impropriamente se llama análisis del material.

¿Qué hice la última vez? Intenté sugerirles lo siguiente: que, por ejemplo, para una parte de este análisis de material, a saber, la que Freud llamó *Psicopatología de la vida cotidiana*, pero en donde no obstante sorprende mucho a fin de cuentas que, desde la primera hasta la última página, jamás se hable más que de asuntos de palabras ... pues no hay una página, independientemente de la diversidad de los títulos que llevan los capítulos en ese volumen, no hay una página en la que no nos veamos confrontados, de la manera más directa y de la más radical, con esto: que se trata de algo en donde entra en juego lo que se llama propiamente, en el sentido en que lo entiendo, los significantes, es decir, palabras o signos escritos, cosas que tienen valor de significante y respecto a lo cual todo esto se sitúa y sin lo cual nunca puede captarse ni es accesible ni aprehensible ni comprensible en el sentido en que lo entiendo yo ningún intercambio, ninguna sustitución, metáfora, metabolismo de tendencia, por lo menos en ese volumen. Por supuesto, ahí captamos la divergencia, la

ambigüedad, las dos partes que por ese hecho se proponen y que son subrayadas tanto por Freud como por los autores que con los años él integró a su texto, a saber, que en ciertos casos dominan lo que se puede llamar efectos de significación, pero que en otros casos, debo decir, para sorpresa, pues eso es lo que más los sorprende (sobre todo en una época en la que no tenían otra posibilidad que la de ver allí la contingencia de las huellas mnémicas), están los casos que operan esencialmente, no sobre el *meaning*, no sobre la significación, sino sobre algo que provisionalmente llamo otro, y sobre lo cual puedo contentarme con decirles que es otro, y sobre el cual no obstante pienso haber dicho lo suficiente ante ustedes como para que al llamarlo *non-sens*, lo cual no quiere decir ni absurdo ni insensato, pienso haberlo hecho entrever ya suficientemente, *non-sens* en lo que justamente es más, lo más positivo que hay, lo más unitario, lo más nodal en el efecto de sentido, a saber, en algo que se encarna al máximo en esos efectos de olvido de los nombres propios, tan ricos, tan esclarecedores al nivel del texto de Freud y del texto de quienes fueron los primeros en haberlo oído. Entonces es ahí donde hallamos el campo del primer descubrimiento analítico.

Qué quiere decir que haya sido necesaria otra cosa sino precisamente que, sin duda de manera oscura, torpe y descarriada, lo que está ahí detrás, vuelto a hallar, es la estructura del soporte. Esta tópica singular ayuda a suplementar todo eso, que a menudo recae tan burdamente en las vías de la psicología más errada. Es también ahí donde se trata de constituir algo, yo no diría más manejable, sino algo, pura y simplemente, más verdadero, si le damos aquí a ese término de verdadero la orientación que simplemente quiere decir, lo cual no es lo mismo que el uso que hago de éste en otros registros, cuando digo que la palabra es lo que introduce la verdad en el mundo. Ahí, la palabra verdadero, tal como la empleo, así como hace un rato trataba de decir aquí las cosas tal como son, la palabra verdadero quiere decir real. Puesto que, o bien se trata de algo de su clase que ha de entenderse, propiamente hablando, como lo real, ya sea ese real que nos vemos dispuestos a admitir como una dimensión, tal vez la dimensión propia y esencial de lo real, a saber, lo imposible, esto es lo real, o todo lo que les digo no tiene ninguna razón de ser.

Ahora bien, si partimos de ahí, ahí que ilustraré la próxima vez mostrándoles no solamente cuánto nos permite eso avanzar en el asunto en cuestión, a saber, la coherencia de los puntos sensibles de la experiencia analítica, sino también lo que nos permite avanzar en la institución misma de la lógica y permitírnos sobrepasar esos impasses, diría, extravagantes, en los que vemos proliferar, en la época moderna, esos sistemas tan satisfechos de sí mismos, tan infatuados, de la logística o de la lógica simbólica, que parecen no darse cuenta de que al criticar a Aristóteles, se adentran por vías de mayor atasco; vías en atolladero en el sentido en que no pueden de manera alguna proponerse como ese algo que se llama metalenguaje, como ese algo que pretendería sobrepasar, cubrir, manejar, determinar la esencia del lenguaje, allí donde, muy al contrario, sólo son extractos de éste.

En verdad es irrisorio... y justamente ahí hay un punto sobre el que me gustaría que aquellos que colaborarán en nuestros trabajos del cuarto miércoles, me gustaría, ya que a pesar de todo no puedo, desde la posición en que estoy, quiero decir, con todo el camino que tengo que recorrer este año, adentrarme en lo que llamaría, por ejemplo, la crítica del libro de Bertrand Russell, *Significación y verdad*, me gustaría que alguien que le haya hincado el diente, es un libro fascinante, y de hecho fue uno de ustedes quien me trajo el texto, hoy en día difícil de hallar, por lo menos en francés, texto fascinante donde verán que

todo el edificio del lenguaje, una construcción enteramente arbitraria, aunque extraordinariamente seductora por todo lo que permite percibir en los atolladeros a los que nos empuja, que esta construcción del lenguaje como hecho en cierta forma de una superposición, de un edificio de un número indeterminado de metalenguajes sucesivos que se incluyen y se cubren unos a otros, lo cual requiere de un lenguaje en la base que sería en cierta forma primario, y que él llega a llamar “*lenguaje objeto*”, y desafío a quienquiera a darme un solo ejemplo de eso, todo esto apoyado en una nota que, como en los textos como esos, no es menos importante que el texto y hasta lo es tal vez más, que habla de esta concepción del lenguaje como teniendo necesariamente que hallarse comandada por la teoría que se llama *teoría de los tipos*, a saber, del nivel de afirmación de la verdad:

- primer lenguaje, lenguaje objeto,
- segundo nivel, lo que habla de lo que acaba de decirse en el nivel del lenguaje-objeto, a saber, por ejemplo: “dije que... esto es verde”, metalenguaje que ya comienza en ese momento,
- “pero no debí haberlo dicho...”, primero fue necesario que se articulara la segunda proposición, cuya negación supone un tercer piso del lenguaje,

construcción sobre la que puede decirse que, salvo la voluptuosidad de un lógico, no podría captar en absoluto lo que concierne a la constitución del sujeto, a saber, lo que pone al hombre en posición de tener una relación con todo lo que puede decirse o ser, que lo que literalmente elude, en una fuga loca de lo que propiamente ha de llamarse los problemas del lenguaje, todo ello reposa, nos dice Bertrand Russell, sobre la sencilla necesidad de evitar las paradojas, a saber, esa burda paradoja llamada del mentiroso, paradoja que pienso haberles dicho cómo conviene resolverla; del pretendido atolladero lógico del “yo miento” es absolutamente cómodo, por lo menos para nosotros los analistas, ver que la objeción, la antinomia lógica no se sostiene ni un solo instante y no se necesita relacionarlo con la hermenéutica del señor Bertrand Russell para poder superarla, ni tampoco, por supuesto, con la pretendida *paradoja del catálogo de los catálogos que no se contienen a sí mismos*, y lo que sigue que ya conocen.

Por hoy les digo simplemente por qué camino los llevo y por qué camino espera llevarlos mi próximo discurso, a un término tal que, en el que seguirá luego, nuestro próximo encuentro, a saber, el seminario cerrado, podamos discutir sobre sus puntos de detalle, para que pueda recibir allí tal contribución, tal objeción que le resultará lícita a tal o cual. Se trata de lo siguiente, que se esboza de la manera más clara a través (les ruego que se remitan allí), después de todo ¿por qué haría yo, así como lo hice durante años, una pura y simple lectura comentada de los textos de Freud? El punto es este: la primera aprehensión que resulta de la lectura de la *Psicopatología de la vida cotidiana* está hecha de esto: efecto de significación. Si algo no marcha, es que ustedes desean eso. Algo que significa algo, matar a su padre, por ejemplo. Ahora bien, esto no es de ninguna manera suficiente, porque no se trata de tal o cual deseo más o menos revelable fácilmente en tal escollo de la conducta que no es, ya se los dije, cualquiera, sino un escollo que concierne siempre, por lo menos en este volumen, a mi relación con el lenguaje.

Lo importante es justamente que el lenguaje quede allí interesado, y en un punto que no concierne al deseo. Interesado, no en su órgano ni simplemente como delimitación, que de hecho al decir eso no dice simplemente lo que deseo descartar, y lo que Freud descarta desde el comienzo, puesto que esa es la condición misma de su debate, descarte de un trastabillar de palabras como de una parafasia en el sentido puramente motor del término, donde un trastabillar de palabras es un trastabillar de lenguaje. Es en función de una sustitución fonemática, huella ella misma, y huella esencial, la única que puede conducirnos al verdadero resorte de aquello de que se trata, es en ese sentido que interviene el deseo. Y del deseo de matar a mi padre soy remitido al nombre del padre puesto que es en torno al nombre, y no de una manera difusa en torno a cualquier escollo de palabras, es siempre al nivel del nombre, de la evocación propiamente nominal, que se establece, por lo menos en todo ese campo de la experiencia, el punto de referencia freudiano.

Ahora bien, ese nombre del padre, si consideramos la estructura de la experiencia freudiana, si consideramos la teoría y el pensamiento de Freud, en ese nombre del padre es que está el misterio, pues es en razón de ese nombre del padre que mi deseo, no solamente es conducido a ese punto doloroso, crucial, reprimido, que es el deseo de matar a mi padre en este caso, sino a muchos otros más puesto que hasta ese deseo de acostarme con mi madre, que es la vía por la cual tiene lugar mi normalización heterosexual, es igualmente dependiente de un efecto de significante, aquél que designé, para resumir, aquí, con el término de *nombre del padre*.

Ahora bien, esto es lo que se trata de seguir por las huellas en todo el enunciado de Freud, también para ver allí la solución de lo que queda abierto, a saber, de lo que de manera torpe él llama el carácter contagioso del olvido de los nombres. Y en un caso que se encuentra al final del primer capítulo nos mostrará esto, que es un primer abordaje. Sin duda es porque todos los asistentes a un cierto diálogo entre varios, a una primera conversación, se hallan presa conjuntamente de algo en común, que sin duda tiene que ver con un deseo (ya verán que no es cualquiera), que un mismo nombre propio, que todos han de conocer muy bien puesto que es el título de un libro que imagino que no debe ser brillante ni en su contenido ni en su teoría, que se llama *Ben-Hur*... no importa mucho, se trata de una muchacha encantadora que creyó poder decir al respecto, para asombrar un poco a los que la rodean, que había encontrado en éste tales ideas esenciales, no sé qué, sobre los esenios... Ese *Ben-Hur* que la muchacha no encuentra, ¿qué es lo que el autor que nos trae este ejemplo, que es Ferenczi ...[Reik]¹³⁷, creo, si no me equivoco, de hecho poco importa, tomen cualquier ejemplo y siempre volverán a hallar la misma estructura. ¿De qué se trata? De algo que tal vez guarda cierta relación con un deseo, pero que era, si puedo decirlo, o que pasaba por esta vocalización, esta emisión de voz que se habría formulado *bin Hure*, soy la puta.ⁱⁱ

¿Y está ahí en tanto qué?, dirán ustedes. ¿Dónde está lo importante, dónde lo decisivo? ¿Se trata de lo que esta declaración oculta del anilloⁱⁱⁱ que pasa por entre la asamblea entre esta muchacha y los jóvenes que la rodean, a saber, de algo que tendería a hacer surgir los deseos de cada cual? ¿En dónde veríamos la garantía de que esos deseos tienen hasta un factor común? Pero que en todos [haya] algo que interesa la declaración del nombre propio,

ⁱⁱ *bin Hure*, soy puta [N. del T.]

ⁱⁱⁱ *furet*: hurón [N. del T.]

(en la medida en que en toda tal declaración^{iv} la identificación del sujeto, e independientemente de la distancia a la que se produzca la relación con el nombre propio, la identificación del sujeto queda interesada), y ahí, en ese nivel, es donde está el resorte. Ahora bien, la manera como tenemos que definir topológicamente de qué se trata en el análisis, que es, claro está, la localización del deseo, pero no de tal o cual deseo, que no es más que sustracción, metonimia, metabolismo y hasta defensa, como es su figura más común; cuando se trata de localizar ese deseo donde el análisis debe hallar su término y sobre todo su eje, como si al final del año pasado lo hubiéramos planteado, es el deseo del analista el que es eje del análisis, ese deseo, debemos saber definirlo topológicamente en relación con este pase, ese fenómeno que de cierta forma está vinculado con él, que aquí sólo empezamos a aprehender, a descifrar, a apreciar, a saber, la identificación.

Ahí está lo que será el sentido de mi discurso, el lugar donde lo retomaré la próxima vez.

Traducción: Pio Eduardo Sanmiguel Ardila. Colaboraron en la revisión de la traducción y de esta versión en español: Belén del Rocío MORENO CARDOZO, Carmen Lucía DÍAZ LEGUIZAMÓN, Eduardo ARISTIZÁBAL CARDONA, Javier JARAMILLO GIRALDO, Mario Bernardo FIGUEROA MUÑOZ, Pilar GONZÁLEZ RIVERA, Tania ROELENS HRNCIROVA. Posteriormente he recibido precisiones, anotaciones, correcciones de Sylvia de Castro K., Myriam Cotrino y Luisa Matallana L., a quienes agradezco sinceramente el haberse tomado el tiempo para anotar sus dudas y enviarlas a este correo.

Esta traducción continúa en proceso; así que, cualquier duda, comentario y/o precisión serán bienvenidos; comuníquelos, por favor, a la siguiente dirección electrónica:

pioeduardo.sanmiguelardila@gmail.com

^{iv} ...en toda *esta* declaración..., se propone al margen en el texto de Michel Roussan [N. del T.]